

El estandarte de las lises de oro
Reinaldo dejará por el del moro.

Terminada toda esta ceremonia,
Se vuelve cada cual á su estandarte,
Y bien pronto las trompas y clarines
Dan la señal á entrambos paladines,
Que, á su esfuerzo y valor uniendo el arte,
Comienzan con estrépito el asalto.

Sus hachas, ora en alto
Veloces dirigiendo, ora hácia abajo,
De herir á su enemigo
Tratan con el martillo y con el tajo,
Al par que con destreza incomprensible
Esquivan tanto golpe, tan terrible.

Obligado á luchar contra el hermano
De aquella en cuyo afecto se consume,
Roger se muestra ménos inhumano,
Y ménos fuerte el pueblo le presume.

Atento, mas que á herir, á resguardarse,
En singular contradiccion consigo
Dar la muerte no quiere á su enemigo
Ni quiere á su piedad sacrificarse.
Mas de esta historia el resto
En otro canto á referir me apresto.

CANTO XXXIX.

Toma Melisa la forma de Rodomonte. — Agramante embiste á los cristianos, y sufre una completa derrota. — Adelántase Astolfo para sitiarse á Biserta. — Encuéntrase Flordelis con Brandimarte. — Tratan unos caballeros de atar á Orlando. — Vuelve este á su sano juicio. — Sitio de Biserta. — Encuentro de las naves de Dudon con las de los moros, é incendio de estas últimas.

El afán de Roger es el mas grave,
El mas atroz que en pecho humano cabe.
Sucumbiendo, el honor pierde y la vida;
Vencedor, el amor de su querida.

Reinaldo, á quien tormento igual no aflige,
Todos los medios por vencer emplea,
Y el hacha que con ímpetu menea,
Ora hácia el yelmo, ora á los pies, dirige
Del buen Roger, que con destreza rara
Del guerrero de Amon los golpes para,
Y los vuelve tal vez; mas de manera
Que gravemente su puñal no hiera.

A los mas de los jefes musulmanes
Parece desigual esta batalla.

Mas que en ella, pensando en sus afanes
Roger, turbado y tímido se muestra;
Mientras Reinaldo, con pujante diestra,
Le hostiga sin cesar. Con faz confusa,
Mustio, Agramante lo que pasa mira;

Se enfurece, suspira,
Y al rey Sobrino acusa,
Que fué de esta pelea
Quien el primero sugirió la idea.

Melisa, en este tiempo, que de encanto
Y magia sabe tanto

Como el que mas, su aspecto femenino
Trueca del argelino

Por el semblante aterrador. Cual él
Cubierta de un dragon bajo la piel,

Viene con un gesto altivo
Armada de su espada y su broquel.

Con el ferrado estribo
Al demonio que monta
En forma de caballo, hiere el flanco,
Y, hácia el rey Agramante

Dirigiéndose pronta,
Con alta voz y lívido semblante

Dice: « Señor, que has cometido advierto
« Inmensa falta, á un jóven inexperto

« Confiando mision tan importante.
« No permitas, ¡ah no! que en detrimento

« De nuestro honor redunde esa batalla.

« Ni temas retractar tu juramento ,
 « Pues á tu lado Rodomonte se halla ,
 « Y cada espada nuestra vale ciento. »

Este discurso anima
 Al hijo de Troyano , que , consigo
 Creyendo ver á su esforzado amigo ,
 Cuyo valor mas que el de mil estima ,
 Empuja su corcel , baja su lanza ,
 Y , su ejemplo siguiendo ,
 Su gente toda con ardor avanza ,
 Miéntras su ardid llevado á efecto viendo ,
 Desparece Melisa sin tardanza .

No sabiendo cual es el que los pactos
 Desprecia así , sus armas y su furia
 Uno y otro adalid estupefactos
 Deponen : toda injuria
 Mutuamente perdónanse ; prometen
 No volver á lidiar , miéntras de fijo
 No sepan si quien provocó la lucha
 Fué de Troyano ó de Pepino el hijo ,
 Y con pacto solemne ambos se obligan
 A marchar siempre juntos , hasta tanto
 Que escarmentar al agresor consigan .

Llenos unos de ardor , otros de espanto ,
 Iguualmente lijeros ,
 Ya buscando la lid , ya huyendo della ,
 Corren á un tiempo miles de guerreros .

Cual , mirándose atado ,
 Se aflige y desespera
 El lebrel que , con rápida carrera ,
 Ve pasar á su lado
 Al jabalí , por otros acosado ;
 Así Marfisa y Bradamante , fieles
 A su palabra , inmóviles gran rato ,
 No sin dolor , de recoger laureles
 Pierden esta ocasion ; mas el contrato
 Viendo roto por fin , de gozo llenas ,
 Corren hácia las huestes agarenas .

Al primero que topa , por el pecho
 Marfisa con su lanza
 Embiste y lo despide á largo trecho .
 Su espada saca luego , y tal pujanza
 Presta á su brazo el férvido deseo ,
 Que cuatro yelmos hiende
 En ménos tiempo que en decirlo empleo .

De los que en tierra extiende
 En este tiempo la de Amon altiva
 Es el número doble . La aurea lanza
 De vida , empero , al derribar no priva .

De una doncella la otra tan contigua
 Está , que sus hazañas atestigua .
 Sepáranse despues , y sus aceros
 Estrago siembran en el pueblo moro .
 ¿ Quién contar los guerreros
 Podrá que arroja en tierra el asta de oro ?
 ¿ Quién contar las cabezas
 De que el brazo robusto
 De Marfisa despoja á tanto busto ?
 Cual , cuando al soplo de templado viento
 Muestra su verde espalda el Apenino ,
 Por distinto camino

Parten , en simultáneo movimiento ,
 Dos rápidos torrentes , que , arrancando
 Troncos y peñas por do quier que pasan ,
 Cuanto se halla á sus márgenes arrasan ;
 En violencia y ardor rivalizando
 Así las dos magnánimas doncellas ,
 Con furia igual sus huellas
 Van por distinto rumbo dirigiendo ,
 Una con su asta , y otra con su espada ,
 Hacen de moros un destrozo horrendo .

Agramante á su gente amedrentada
 Apenas puede contener , y en vano
 En la ansia que le ofusca ,
 Volviendo el rostro , á Rodomonte busca ;
 A Rodomonte , á quien reprocha , iluso ,

Que en fuga corre, de estos sitios léjos,
 Despues que con sus pérfidos consejos
 En tan precaria situacion le puso.
 Ni al rey Sobrino ve, que se retira
 En Arles, é inocente se declara,
 El castigo previendo que en su ira
 A tal falta de fe Cárlos prepara.
 Por no pasar tampoco por perjuro,
 De Arles Marsilio acógese en el muro;
 Mal puede, pues, la guerra
 Sostener Agramante
 Contra tanto guerrero y tan pujante
 De Italia, de Armenia y de Inglaterra,
 Cuyo valor inflaman
 Paladines entre ellos esparcidos,
 Cual finas piedras que el tisú recaman.
 Al lado de estos nobles paladines
 Se nota á los dos hijos de Oliveros,
 Y á Guidon el salvaje, caballeros
 Célebres de la tierra en los confines.
 Desbaratando un número infinito
 De moros van, repito,
 Las dos ilustres virgenes. Mas de esto
 Suspendo aquí la narracion; agora
 El ancho mar á atravesar me apresto,
 Desde Provencia hasta la playa mora.
 Los dones dije que el inglés gallardo
 Del santo Apóstol recibido habia;
 Y cual movió su ejército Bransardo,
 Unido á los de Fez y Algaceria.
 Compuesta de la gente,
 Jóven ó anciana, débil ó robusta,
 Que dejaron en África las levas
 Hechas frecuentemente
 Por orden de su rey, de su impericia
 Y su irresolucion daba mil puebas
 A cada instante esta infeliz milicia.
 Mas brava la de Astolfo y mas experta,

A aquella viendo, que en desórden huye,
 La asalta, la destruye,
 Y llegar deja á pocos á Biserta.

El bravo Bucifar de su enemigo
 Queda en poder, y la ciudad abrigo
 Al rey Bransardo da, que de su gente
 Deplora en Bucifar al mas valiente.
 Sin su auxilio, no sabe de que modo
 Poner pueda en estado de defensa
 De tan vasta ciudad el muro todo.

Mientras, entregado á su afliccion inmensa,
 Por rescatar á su adalid discurre
 Un medio, se le ocurre
 Que preso, meses hace, en férreo grillo
 Tiene á Dudon, dinamarques caudillo,
 Hecho por Rodomonte prisionero
 Junto á Mónaco, el dia
 En que el puente pasar quiso primero.

Canjearlo Bransardo sin demora
 Piensa, pues, con el rey de Algaceria;
 Y un mensajero envia
 Al duque, pues no ignora
 Que el duque inglés á los de Nubia rige;
 Y siendo Astolfo paladin, no duda
 Rompa con gozo la cadena ruda
 Que al paladin de Dinamarca allige.

Así fué la verdad: de este proyecto
 Gozoso el noble duque con efecto,
 Pone á Dudon en libertad, y juntos
 A conversar se ponen de la guerra
 Que, por distintos puntos,
 Se proponen seguir en mar y en tierra.

Viendo á su lado innumerable gente,
 Cuyo poder siete Áfricas en vano
 Contrarestar quisieran, y de vista
 Los consejos del santo Evangelista
 No perdiendo, propónese el britano
 Expulsar á los moros de Provencia,

De Aguamuerta y de toda su comarca;
Y entre sus gentes escogiendo, embarca
Las que tienen del mar mas experiencia.

De hojas de olivos, cedros y laureles
Llenándose las palmas,
Entre las ondas, á su voz hoy fieles,
Las arroja, y ¡oh dicha de las almas
Gratas á Dios! las hojas en bajeles,
De diferentes formas y tamaño,
De remos y de mástiles provistos,
Y para el viaje y la batalla listos,
Truécanse al punto por prodigio extraño;
Y dar patron queriendo á cada buque,
A los puertos, de allí no muy remotos,
De Córcega y Cerdeña, el jóven duque
Manda por marineros y pilotos.

De clases y naciones diferentes,
Se embarcan con Dudon en aquel dia
Veinte y seis mil armados combatientes.
Y, miéntras viento próspero aguardando,
Esta escuadra se hallaba en la bahía,
De gente prisionera
Se acerca á aquel paraje una galera.

Vienen en ella aquellos que vencidos
Por Rodomonte fueron en el puente.
El cuñado de Orlando, Brandimarte,
Y Sansoneto llegan, confundidos
Con una infinidad de campeones
Tudescos, italianos y gascones.

Por enemigos vientos empujado
El patron de esta nave, las orillas
De Argel á muchas millas
Ha dejado tras sí, mal de su grado.
Y, cual Progne, creyendo
Junto á los suyos encontrar abrigo,
De sus crímenes vino á hallar castigo.
Mas bien pronto, advirtiendo
Las imperiales águilas, confuso

Se prepara á partir, cual, aterrado,
El rústico se aparta cuando observa
Que, incauto, su pié puso
Sobre áspid escondido entre la yerba.

En vano, empero, quiere huir; en vano
Guardar sus prisioneros
Quiere el patron. Del principe britano
Y del hijo de Oger á la presencia
Conducido fué pues, con Oliveros,
Con Brandimarte y los demas guerreros,
Y al remo, por gran gracia, condenado
Por haber tal mision desempeñado.

Con gran placer en libertad fué vista
Por el duque breton la gente presa,
Que de armas y de todo bien provista,
Fué convidada á una suntuosa mesa.
Por gozar de tan noble compañía,
Dudon su viaje con placer difiere,
Que, por ganar un dia,
Desperdiciar no quiere
La ocasion que propicia
Se le presenta de adquirir de Cárlos
Y del francés ejército noticia.

Sobre el punto mas cómodo y seguro
Para desembarcar conferenciando
Dudon con el inglés estaba, cuando
Se oye un rumor, que deja estupefacto
A cada cual. Armándose en el acto,
Y á caballo montando sin tardanza,
Al sitio do el estrépito se escucha
Astolfo con su séquito se avanza,
Y á un hombre advierte allí de tal pujanza,
Que, solo, contra mil desnudo lucha.

Sin otras armas que una gruesa estaca
Contra la inmensa hueste que le ataca
De modo se defiende,
Que, mal parado, en tierra
A cada golpe un adversario extiende.

Mas de ciento sin vida
Yacen ya por el campo, y esta guerra
De cerca contra un hombre tan gallardo
No osando proseguir, huyen los otros
Lanzándole en su fuga mas de un dardo.

Dudon, Astolfo y Brandimarte viendo
Estaban con asombro y maravilla
Las pruebas de valor tan estupendo,
Cuando de un palafren sobre la silla
Córriendo llega una enlutada dama,
Que á Brandimarte por su nombre llama,
Y que con fuertes lazos
Lo estrecha enajenada entre sus brazos.

Era esta dama Flordelis, que ardiente
Amor profesa al bravo Brandimarte:
Al verle sobre el puente
Ceder la palma al argelino Marte,
A punto estuvo de perder el juicio;
Mas, enterada pronto
De que, con otros muchos caballeros,
A sus estados el de Argel lo envia,
Atravesando el ponto,
Va la dama en su busca noche y día.

En Marsella halla al paso
Una nave, venida del Levante,
Que condujo hácia Ocaso
A un viejo servidor de Monodante.
Decir oyendo que de aqueste el hijo
En Francia está, buscándole el anciano
Por mar y tierra, con afan prolijo
Varias provincias recorrió ya en vano.

La dama reconoce al buen Bardiño,
Que, á Brandimarte arrebatando niño,
En la Roca Salvaje
Le educó con esmero y con cariño;
Y, el objeto escuchando de su viaje,
Con ella le hace que se embarque al punto,
Y la causa le narra que de nuevo

Lleva á la costa de África al mancebo.

Poco despues, desembarcando en ella,
Oyen decir el viejo y la doncella
Que á Biserta el inglés cerca y apura,
A su lado llevando á Brandimarte.

Bien que poco segura
Esta nueva parezca, ansiosa parte
Flordelis, que, de gozo
Colmada, olvida su profunda cuita,
Y, abrasada de amor, se precipita
Entre los brazos del ilustre mozo.

Él, que á aquella á quien mas ama en el mundo
Mira ante si, la abraza cariñoso,
Sin que un ósculo baste, ni el segundo,
Ni el tercero, á calmar la ardiente llama
Que, hasta aquí, de reposo
A su pecho privó y al de la dama.

La vista en esto alzando,
Y notando á Bardiño, el jóven iba
Entre sus brazos á arrojarse, cuando
De este placer le priva
La gente, á quien, cual dije,
Desordena y aflige
La estaca del desnudo,
A cuyo lado Flordelis pasando,
A Brandimarte dice: « Ese es Orlando. »

El paladin britano
Conócelo tambien, por cierto aviso
Que del divino Anciano
Obtuvo en el terrestre paraíso.
De otro modo, indeciso
Quedara cada cual de si es el conde
Aquel que, así desaliñado y loco,
Tiene mucho de fiera, y de hombre poco.

De pena Astolfo en lágrimas bañado,
Hácia el viejo Dudon y hácia Oliveros,
Que estaban á su lado,
Se vuelve, y dice: « Él es. » Maravillado

Cada guerrero, atento le examina;
 Y al contemplar su deplorable suerte,
 La mayor parte de ellos llanto vierte.

« Tiempo de buscar arte
 « Es, » diceles Astolfo, « de sanallo,
 « No de llorar. » Saltando del caballo,
 Induce á Brandimarte,
 A Dudon, á Oliveros,
 Y á Sansoneto á hacer cual él. Bien presto,
 Unidos estos bravos caballeros
 Por sujetar á Orlando, hácia él se llegan,
 Y todo su arte y su vigor despliegan.

Viéndose de este modo circundado
 El príncipe de Anglante, denodado,
 De Dudon en la adarga
 Un golpe tal descarga,
 Que la adarga y el yelmo y la cabeza
 Machacara al Danes, si con su espada
 De la estaca la fuerza desusada
 No torciera Oliveros con presteza.

La adarga solo rompe, y abollando
 El almete á Dudon, lo arroja al suelo
 El intrépido Orlando,
 A quien en esto con su espada ataca
 Sansoneto, y de un tajo
 Hace volar dos varas de la estaca,
 Mientras por la otra parte
 Le aferra por el busto Brandimarte,
 Y Astolfo por los pies. De enojo lleno
 Orlando, sacudiéndose, á diez pasos
 Arroja al duque inglés; mas no por eso
 Brandimarte le suelta;
 Antes, dando una vuelta,
 Lo estrecha mas y mas. Bien que aferrado,
 A Oliveros, que en esto se adelanta,
 Con el puño cerrado
 Un golpe Orlando da con furia tanta,
 Que, merced á su yelmo bien templado,